

ESTACIÓN SOL

GREGORIO LEÓN

ESTACIÓN
SOL

algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Fotografía de cubierta: Antiguo Templete del metro en la Puerta del Sol, años 20. © MetroMadrid.

Fotografías de falsas guardas: MetroMadrid (Inauguración del Metro por Alfonso XIII; Personal de taquilla; Vagón de metro; Los ingenieros Carlos Mendoza, Miguel Otamendi y Antonio González Echarte; Cocheras Cuatro Caminos; Obras de construcción del Metropolitano Alfonso XIII en la Red de San Luis, 1918; Puerta del Sol). *Mundo Gráfico* (Noticia de la huelga; Grupo de periodistas madrileños visitando las obras del Metropolitano en el trozo comprendido entre Cuatro Caminos y la plaza del Progreso). *El Imparcial* (Noticia de la huelga de 1917). Portada de la publicación *Metropolitano Alfonso XIII* de Fundación Juanelo Turriano. Biblioteca Municipal de Madrid (Plano del Ferrocarril Central). *Nuevo Mundo* (Paseando por Madrid).

Primera edición: 2019

© Gregorio León, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-137-6

Depósito legal: SE. 1.202-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Ella, que me susurra todas estas historias,
después de pintarse los labios.
Y a mi familia, obviamente.*

1.

EL PRIMER OLOR QUE RECUERDO DE LA INFANCIA ES EL del líquido de las cubetas de revelado que manejaba mi padre. Cada vez que lo oía trastear en aquel cuarto del piso de Fuencarral, allá que me iba. Muchas veces había estado tentada de colarme en él clandestinamente, porque estaba segura de que allí dentro se escondía un tesoro, un secreto que mi padre guardaba con celo. Y por eso, cuando me dejaba acompañarlo, yo abría mucho los ojos, escudriñando en la oscuridad para intentar descubrirlo.

Colgadas de un hilo, sujetas por unas pinzas que eran como las que mi madre usaba para que la ropa se secara en la terraza, había fotos, decenas de fotos, de personajes totalmente desconocidos para mí, y yo, acompañada por el aroma permanente a hidroquinona, jugaba a ponerles nombres, guiándome por sus rasgos físicos.

Una mañana mi padre me preguntó si estaba preparada.

—¿Para qué, papá? —le pregunté.

—Pues para qué va a ser, para acompañarme a la calle. Hoy es tu día de suerte. Te voy a hacer un regalo que jamás olvidarás. Vas a conocer a una persona muy importante.

Y rápidamente salí disparada al baño para comprobar que todo estaba en orden, empezando por el lazo que había conseguido hacerme en el pelo esa mañana.

—Lista, papá.

Y así salimos a la calle, él cargado con el trípode y la pesada cámara, una cámara de campo Goerz, y una maleta cargada de diez cajas de placas de cristal de 9×12 cada una, el equipo fotográfico completo en el que había invertido una parte importante de sus ahorros.

Nos detuvimos en la esquina de la calle de Mesonero Romanos. Unas niñas jugaban al juego de palmas, repitiendo una y otra vez el mismo estribillo. Ni me lavo ni me peino ni me pongo la mantilla hasta que venga mi novio de la guerra de Melilla. Los periódicos decían que ya habían caído trece mil españoles en la guerra más absurda. Pasó un borriquillo tirando de un piano de manubrio. De él salían las notas de un pasodoble que le arrancaba el organillero. Pronto se impuso el sonido reiterativo de la campana con la que se anunciaba el tranvía.

Durante todo el trayecto le pregunté a mi padre una y otra vez cómo se llamaba ese personaje tan importante a quien íbamos a visitar. Él me sonreía, enigmático, sin soltar prenda, y yo empecé a proponerle nombres de las tiples y artistas de varietés que salían en *Mundo Gráfico*. ¿La Fornarina? ¿Raquel Meller? ¿Pepita Sevilla? ¿Pastora Imperio? Y así, con ese juego de adivinanzas, se me pasó el tiempo y casi no me di cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino. Él cargó otra vez con los pertrechos de su trabajo, y en menos de un minuto estaba llamando con la aldaba al número catorce de la calle de Cisneros.

Nos abrió una sirvienta, y enseguida nos llevó al interior de la casa. Era una planta baja. Desembocamos en el jardín, en

el que verdeaban plantas que yo no supe identificar. Y allí, abandonado en una esquina, tapado con una manta, recibiendo los rayos benéficos del sol, estaba el hombre a quien mi padre debía fotografiar. Al vernos, el único que reaccionó fue un perro que estaba a su lado.

Ahí estaba, delante de mí, nada más y nada menos que don Benito Pérez Galdós.

2.

TODO EL MUNDO HABLABA DE ÉL. A MI MADRE, QUE LEYÓ todos los libros que pudo antes de morir, yo la había descubierto muchas veces embebida en la lectura de sus novelas, y un día me llevó a la librería de San Martín, que había junto a la puerta del Sol, y volvió a casa con uno de los *Episodios nacionales*. Don Benito estaba en boca de todos. Y sin embargo, yo nunca había visto una foto suya.

Yo, viendo el interés que mi madre ponía en sus novelas, siempre pensé que don Benito no sería joven, pero sí alto y apuesto. Pero lo que me encontré fue un señor muy mayor. Me fijé en sus manos, nudosas, cadavéricas. Acariciaban el perro como si fueran ya las de un muerto. Las pupilas de los ojos no apuntaban a ninguna dirección, ofreciendo un brillo opaco. El escritor que había conquistado Madrid con su prosa torrencial, ya no podía ni rellenar una cuartilla. Se estaba quedando ciego.

¿Quién iba a decirme a mí que mi padre, fuerte y lozano como estaba, iba a morir antes que aquel viejo achacoso? Y es

que los retratos estaban bien, y él fue ganando prestigio en la ciudad, por esa foto a Galdós y por otras, pero era inquieto como una lagartija. Quería más. La fotografía era el ojo de la historia, me decía siempre, afanado ante las cubetas de revelado. Y por eso se fue a Marruecos.

La demanda de información sobre la guerra era altísima. Los madrileños querían saber hasta el último detalle de lo que le pasaba a sus hijos. A Melilla viajaba un hombre y volvía, en el mejor de los casos, una sombra. Las noticias se devoraban con más ansia que los churros con chocolate en el Café Suizo. Los nuestros seguían cayendo todas las semanas, todos los días. Pero mi padre decía que aún no se había sabido la verdad. La verdad auténtica, real. Para llegar a ella había que conocer al enemigo. Quería enseñarlo. Mostrarlo. ¿Qué se sabía de él? ¿Eran tan feroces esos moros que tenían aterrorizadas a las tropas españolas? ¿Por qué ganaban batallas a pesar de su rudimentario equipamiento militar, apenas armados de espingardas atadas con alambre? Pero el enemigo estaba oculto, incluso para mi padre, que siempre llegaba, con su sagacidad y su instinto, a rincones inaccesibles para los demás.

Desapareció. En un paraje que siempre imaginé lleno de arena y soledad.

Le quedaron muchas fotos sin hacer. Y yo no tenía más remedio que acabar ese trabajo. Mejor dicho, debía recoger ese trabajo y continuarlo. Por eso, ya con el veneno de la fotografía metido en el cuerpo, cuando ya no era una niña que jugaba a las casitas ni a los secretos, me planté en la calle de Mesonero Romanos. Ahí estaba la redacción de *El Universal*, el periódico para el que siempre había trabajado mi padre. Goyanes, el director, se extrañó de verme por allí. Era él quien de vez en cuando nos hacía una visita de cortesía, porque era muy amigo de mi padre.

Cuando le dije lo que quería, hacer fotos para su periódico, se echó las manos a la cabeza. Después de media hora de súplicas y argumentos, lo único que conseguí fue que me regalara el número de la tarde. Era un especial dedicado a la Fornarina, contando cómo, empezando como lavandera del Manzanares, se había valido de su belleza y su descaro para convertirse en una estrella de la escena. Pero al día siguiente volví. Y al siguiente.

Goyanes, el pobre hombre, ya no sabía cómo decirme que no. Yo creo que, nada más oír por la redacción el sonido del tacón bajo que yo ya empezaba a usar, se escondía en un cubil que había junto a la sala de cajas, alumbrado por quinqués de petróleo, y que hacía las veces de despacho. Pero no hay nada más fuerte que la voluntad de una mujer. Goyanes tuvo que rendirse. Ante mi insistencia, me dejó colaborar en el periódico.

—Total, un trasto más que menos, no se notará —dijo, encogiéndose de hombros.

Yo siempre desentonaba con mi falda en medio de aquel grupo de *reporters*. Pero solo por eso, por ser mujer. Porque mi padre, antes de morir, no solo me legó el estudio fotográfico, sino sobre todo, los secretos del oficio. Era eso lo que estaba escondido en el cuarto oscuro de revelado, lo que yo buscaba insistentemente cuando era una niña. Aún recuerdo cuando los dos nos perdíamos en los campos floridos que rodeaban Madrid, y en aquellos días me enseñó los primeros rudimentos de la fotografía de paisajes.

Gracias a aquellas excursiones, y a mil consejos más que fue dándome poco a poco, con su paciencia infinita, la fotografía se convirtió en el centro de mi vida, hasta impulsarme a ir todos los días a la redacción de *El Universal*. Y eso que sabía

que el periodismo no me sacaría de pobre. Las firmas más reconocidas podían llegar a los cien duros, pero los sueldos de quince o veinte duros eran los más comunes. Muchos redactores escribían sus crónicas con el estómago vacío. Y ahí que llegaba yo, esgrimiendo mi cámara Goerz, que había heredado de mi padre. Al principio obedecía a Goyanes, que me mandaba, qué se yo, lo mismo a cubrir una rueda de prensa posterior al Consejo de Ministros que a un partido de pelotaris. Todo, cosas que me producían aburrimiento. Pero luego fui cogiendo confianza y, bregando con el trípode y la cámara, me buscaba la vida. Madrid estaba en ebullición. La ciudad hervía, asomándose a transformaciones que yo consideraba impredecibles.

Y así, intentando captar el latido íntimo de Madrid, extraviándome por calles poco frecuentadas, fue como pude fotografiar una tarde, cuando el sol ya bajaba, a alguien que era aún más conocido que don Benito Pérez Galdós. Antes de la mayoría de edad, con solo dieciséis años, había sido designado rey con la denominación de Alfonso XIII. Lo descubrí entrando en una casa ubicada en El Viso, vestido de *sport*. Iba acompañado de una mujer muy guapa, de talle fino, como pude comprobar al revelar la foto en el estudio. Y vestida a la última moda, con una creación de terciopelo color salmón y *tissu* de plata. Y no. No era la reina, la augusta Victoria Eugenia de Battenberg. La mujer a la que vi dedicando un gesto de coquetaría al soberano antes de que se los tragara la puerta de entrada de aquel chalé a las afueras de Madrid no era la reina...